

LA CULTURA LATINOAMERICANA EN LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN CONTINENTAL

Artículo publicado en el libro: ANUARIO DE INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA. Proyecto de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Cuba), Edición de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Morelia, Michoacán. ISBN 970-703-138-7

Autores¹:

Luis Fernando Ayerbe (Argentina)
Rafael Cuevas Molina (Guatemala)
Ignacio Medina Núñez (México)

“Alucinados por el progreso, creímos que avanzar era olvidar, dejar atrás las manifestaciones de lo mejor que hemos hecho, la cultura riquísima de un continente indio, europeo, negro, mestizo, mulato, cuya creatividad aún no encuentra equivalencia económica, cuya continuidad aún no encuentra correspondencia política”.

Carlos Fuentes (Citado en Mato, 2001:33)

América Latina es reconocida mundialmente como una región específica del continente americano donde viven alrededor de 600 millones de habitantes. Económicamente se nos identifica como una región subdesarrollada pero con grandes diferencias internas entre los países y aun al interior de cada país. Políticamente, además, existe el reconocimiento explícito cuando gobiernos como el de Estados Unidos designan un representante especial para la región o cuando, como en el caso de la Unión Europea, deciden tratar de implementar tratados con el bloque en su conjunto.

Con cierta pena tenemos que admitir que la identificación que tenemos en el ámbito económico está asociada a la pobreza y al subdesarrollo y, en el ámbito político, a

¹ El Dr. Ayerbe es profesor de Historia en la Universidad Estatal Paulista (UNESP) en Araraquara, Brasil y coordinador del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre Cultura y Desarrollo (GEICD). E-mail: ayerbelf@uol.com.br El Dr. Cuevas es Profesor en la Universidad Nacional de Costa Rica y director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos en el Instituto de Estudios Latinoamericanos. Email: rmolina@una.ac.cr El Dr. Medina es Profesor en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), en Guadalajara, Jalisco, México, y en la Universidad de Guadalajara. Coordinador del grupo de Cultura en el proyecto del Anuario de Integración de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Cuba). Email: medina48@yahoo.com

las dictaduras militares y al autoritarismo político aunque, a finales del siglo XX, el conjunto de naciones muestra un lento tránsito hacia la democracia. Sin embargo, en el ámbito cultural, encontramos la mayor de las riquezas debido al mayor mestizaje que ha existido en la historia del planeta, procedente de fuentes tan diversas como lo español, lo indígena y lo negro. Esta riqueza en el nivel cultural es lo que ha hecho afirmar a Octavio Paz que "América Latina es una cultura. No es fácil definirla y ni siquiera describirla.... América Latina es una realidad verbal. O sea, una lengua. Y aquel que dice lengua, dice visión del mundo... No es únicamente una concepción o una idea: es una acción y una creación, un *ethos* y un conjunto de obras. Es un mundo hecho de muchos mundos. Nuestra realidad es plural y diversa, es un diálogo de pueblos que hablan, en la misma lengua, de cosas que son a un tiempo distintas y comunes". (Octavio Paz, en Marras, 1992: 468-9).

Por otro lado, encontramos a esta América Latina, desde la última parte del siglo XX, en diversos procesos de integración -continental y regionales- que presentan grandes esperanzas para el futuro de la región pero también grandes interrogantes. Una de ellas se refiere precisamente al papel de la cultura. En el tránsito del siglo XX al XXI, dentro de los procesos de globalización y regionalización, han cobrado más importancia los estudios que buscan delimitar el espacio cultural latinoamericano como referencia de una integración diferente de la propuesta por los Estados Unidos.

En el contexto de los temas esbozados en esta introducción, el grupo de trabajo internacional e interdisciplinar sobre cultura de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Cuba) se propone a abordar, en este artículo, diversas perspectivas vinculadas al debate contemporáneo sobre cultura e integración. Para esto, dividimos el texto en cuatro partes: nuestra concepción de la cultura, las raíces históricas de la identidad latinoamericana, ciertos elementos de la discusión teórica reciente y nuestra propuesta final.

1. Las diversas concepciones de cultura para Latinoamérica:

El tema de la identidad cultural latinoamericana² sigue siendo objeto de gran polémica desde diversos aspectos. Gilberto Jiménez, un gran estudioso del tema de la cultura y de manera particular ahora en el contexto de la globalización nos ofrece esta definición interesante sobre identidad refiriéndose al "conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos...) a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan simbólicamente sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados" (Jiménez G., 2000:28). El afirma que en las ciencias sociales contemporáneas, el tema de la identidad tiene mucho que ver con los actores sociales, con la acción social y con la acción comunicativa; en

² Este tema de la identidad cultural en América Latina se puede consultar también en el artículo del prof. Ignacio Medina publicado con el título "La identidad latinoamericana en el debate cultural", en la revista *Koeyu Latinoamericano*, con sede en Caracas, Venezuela: año 20, no. 81, Julio de 1999, pags. 29-34

este sentido, no se trata solamente de una referencia a la conciencia de un sujeto o de alguna comunidad sino un elemento directamente conectado con los movimientos sociales contemporáneos. Para profundizar este acercamiento conceptual vale la pena hacer una referencia rápida al entendimiento histórico de cultura.

El primer concepto de cultura en el sentido de cultivar el espíritu, incorporando un tesoro de conocimientos antiguos, nos lo transmitió Cicerón en sus *Tusculanae Disputationes* en el siglo I a.C.; él quería enfatizar solamente aquel cultivo del espíritu humano que podía distinguir a cierto grupo de hombres en relación a los bárbaros incultos; sin embargo, el concepto de cultura se fue ampliando para llegar a denominar las modalidades en que cualquier pueblo puede autorregular sus formas de vida con una particularidad que lo distingue de otras comunidades. “La palabra cultura acaba imponiéndose progresivamente frente a la palabra ‘cultus’ hasta el punto de que en 1813 Franz Von Baader afirma que a ambos conceptos corresponde ya ‘la misma significación’ en el sentido de ‘cuidado (cultura) de la vida’ ” (Hans Peter Thurn en Giménez G., 1986: 80) .

Sin embargo, en el siglo XVIII y XIX, la cultura empieza a adquirir también rasgos de universalidad al enclavarse la discusión en la época de la ilustración y del capitalismo de libre competencia en contra de los estados absolutistas. No se trata solamente de hablar de modos de ser comunes y conocimientos, sino también de cierto concepto de cultura como objetivo a lograr con tintes políticos emancipatorios; se trata, como lo llega a afirmar Kant en su ‘Antropología’, de cierta cultura ideal a la que hay que aspirar. En este sentido, la cultura también puede ser un ideal comunitario pero a partir de una realidad donde se da un antagonismo constante de fuerzas, donde existen de hecho aproximaciones culturales insatisfactorias para el concepto moderno de ser humano.

Podemos afirmar que una síntesis adecuada del concepto de cultura nos la ofrece W. Jaeger al hablar de la “Paideia” de los griegos, porque no solo significa la educación de los ciudadanos en referencia al conocimiento de su historia pasada sino también un ideal de humanidad, un modelo de sociedad (donde se une el poeta, el hombre de estado y el sabio), un proyecto que hay que conquistar a partir de la situación presente: “Los griegos vieron por primera vez que la educación debe ser también un proceso de construcción consciente” (Jaeger, 2000:11). La cultura, así, tiene un sentido formativo, porque se trata de una realidad inacabada en constante proceso de construcción.

Hay que precisar, además, que la identidad cultural de determinada región no pretende afirmar la existencia de una comunidad o entidad homogénea sino reconocer que dentro de las diversidades de grupos y localidades existe un vínculo histórico sustancial que nos une y que dentro de la conciencia del presente nos proyecta hacia el futuro con una propuesta de sociedad.

Queremos traer a colación el planteamiento sustancial de Carlos Fuentes, quien afirma que “la cultura es la respuesta a los desafíos de la existencia” (Fuentes, 1992: 337), y por ello tenemos que poner atención en la riqueza de la cultura latinoamericana como base para un proyecto futuro en lo económico y en lo político. Para ello, tenemos que

partir de una identidad cultural común muy compleja pero reconocida al interior y desde el exterior de la región en donde se conjuga nuestro ser contemporáneo proveniente del mayor mestizaje de la historia de la humanidad entre lo indio, lo español y lo negro: "no existe un solo latinoamericano -dice Fuentes- desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, que no sea heredero legítimo de todos y cada uno de los aspectos de nuestra tradición cultural" (Fuentes, 1992:11). Y ¿por qué queremos que nuestra cultura pueda ser el punto de partida de un proyecto de desarrollo latinoamericano? El mismo Fuentes nos ofrece una respuesta: "Al fin y al cabo, la cultura es portada por los mismos que crearon la política y la economía: los ciudadanos, los miembros de la sociedad civil. Si esto es así, ¿por qué no habría de ofrecernos la cultura la necesaria coincidencia de sí misma con la vida política y económica?" (Fuentes, 1992:337).

Si tomamos estos dos aspectos de la cultura antes mencionados, es decir, primero, el reconocimiento continuo de nuestra historia como cultivo del espíritu, y segundo, como un proyecto comunitario de tinte emancipatorio al estilo del siglo XVIII en su lucha contra el absolutismo, podemos plantear que uno de los primeros retos de América Latina puede estar en su pensamiento; como dice Edgardo Lander, el primer reto "está en uno de los terrenos que hasta ahora han sido más descuidados, el de la cultura, en la contribución al reconocimiento de la subjetividad latinoamericana, al proceso de reconstitución de la identidad cultural... Se trata de asumir los problemas de la identidad y de la reconstrucción de la propia tradición a partir de la experiencia de la modernidad, experiencia de la cual América Latina es parte desde sus inicios históricos de hace cinco siglos. Se trata de la posibilidad de la distancia crítica respecto de la propia tradición, que permita recuperar aquellas cosas que valoramos y cuestionar aquello que consideramos que debemos alterar" (Lander, 1991:161).

En realidad, debemos pensar que el mayor mal que nos puede hacer un modelo como el neoliberalismo no es tanto la pobreza que genera y el despojo de nuestros recursos económicos sino la posibilidad de una castración cultural a través de teorías banales como la del "fin de la historia", de Fukuyama. En otras palabras, la pobreza, la inequidad y las dictaduras militares nos han mutilado ciertamente parte de nuestro ser latinoamericano, pero lo más terrible que podría suceder es quitarnos la posibilidad de ser hacia el próximo futuro. "El éxito más grande que ha logrado la política neoliberal y tecnocrática en el continente (con la ayuda de la represión generalizada y la cultura del terror en los países del Cono Sur) ha sido precisamente el estrechamiento radical de los límites de lo que aparece como posible. En la medida en que se internalizan esos límites, se encarcela al imaginario colectivo. Ya no se trata sólo de que, basados en el realismo político, se puedan reconocer los límites de lo posible a corto plazo. Se trata de una transformación cultural mucho más esencial: el estrechamiento de los límites de lo que es siquiera imaginable como posible" (Lander, 1991: 163).

De esta manera, quien tenga la tentación de hundirse en el pesimismo por tanto desastre económico en América Latina y por la gran distancia que todavía existe entre el juego positivo de la democracia electoral y las terribles condiciones reales de vida de la población, le está terminando de dar el triunfo a las políticas totalitarias del modelo neoliberal. Cuando olvidamos quiénes somos, de dónde venimos; cuando perdemos la

esperanza de nuestro ser para el futuro como comunidad latinoamericana de naciones es cuando sufrimos la castración cultural que nos imposibilita salir del subdesarrollo y transformar la democracia electoral en democracia social. La visión latinoamericana no puede ser la de Pandora cuando cierra la caja para impedir que la esperanza vuele hacia el mundo de los humanos, ni tampoco la del Prometeo encadenado a quien eternamente los animales le estarán carcomiendo las entrañas.

Lo más prometedor aunque muy complejo en la formulación de una propuesta para América Latina se encuentra en el reconocimiento de una identidad cultural que puede inundar los diferentes proyectos de integración en la región. Una formulación de este tipo ha salido en palabras del novelista peruano Mario Vargas Llosa: "Para mí -dice-, América Latina es fundamentalmente eso: una especie de vórtice de toda clase de tradiciones, corrientes culturales, modos de vida, comportamientos y también de ideas y manifestaciones artísticas. Es una forma muy diversa, pero que de alguna manera va, está yendo, hacia una correspondencia. De hecho los fenómenos se han dado mucho más con un carácter continental que con un carácter nacional... Hay en América Latina una dinámica que viene de abajo, mucho más que de arriba, aunque arriba también hay un fenómeno intelectual, desde luego, pero que responde a una realidad étnica, sociológica y a una problemática que también se da de una manera mucho más regional que nacional... América Latina puede llegar a ser lo que pienso que sería lo mejor para ella: un continente que, como está ocurriendo en Europa, vaya hacia una integración política y económica y hacia una disolución de las fronteras... (Vargas Llosa, en Marras, 1992:100-1).

2. Raíces históricas que han conformado la identidad cultural latinoamericana.

Desde el punto de vista cultural, a América Latina debe vérselo como una unidad en la diversidad; es decir, como inmersa en una relación dialéctica en la que sus dos polos contradictorios no se excluyen sino que se complementan, encontrándose permanentemente en conflicto y dando origen a continuas síntesis que superan pero, al mismo tiempo, integran elementos de sus estadios anteriores.

La diversidad y la originalidad de la cultura que se desenvuelve en esta parte del mundo, que a partir del siglo XV llevará el nombre de América, tienen su plena expresión y plenitud en el período histórico precolombino. Es en ese momento cuando la cultura responde esencialmente a las necesidades y posibilidades tanto del entorno natural como de sus condicionantes sociales nativas. En este sentido, las culturas precolombinas de América constituyen la respuesta -necesaria y posible- desde las capacidades del ser humano americano, sin intervenciones foráneas y sin matrices ideológicas condicionantes de lo que, después, será una constante: la imitación.

Es interesante recorrer este período de la historia de nuestras tierras y constatar cómo se expresa la diversidad cultural -en el marco de matrices civilizatorias, que son producto de siglos de acumulación de experiencias-, que orienta hacia respuestas,

específicas y creativas, en función del lugar concreto en el que cada grupo humano se sitúa y existe. Esta constatación nos lleva a identificar cómo la unidad civilizatoria se expresa básicamente como grandes *zonas de influencia* cultural en las que sobresalen la zona mesoamericana (incluyendo la civilización azteca y maya) y la andina. A partir de esos dos grandes ámbitos, en los que se pueden encontrar rasgos comunes de lengua, alimentación, arquitectura, urbanismo, agricultura, religión y otros, se desgrana una variedad local que evidencia la riqueza humana de existir y estar en el mundo.

Es a partir del siglo XV, con la invasión europea a nuestro continente, cuando esa variedad pasa a ser un elemento subordinado a la unidad que aporta la cultura del colonizador, en primer lugar la lengua -el castellano-, la religión -la católica-, y los ritmos de producción -coloniales-. La presencia de la colonización ibérica en nuestro continente orienta en dos direcciones a la cultura: por una parte, aporta elementos básicos para una identidad común que tiene rasgos que no son propiamente los del colonizador pero, tampoco, los del colonizado. En este sentido, da origen a una identidad cultural que podríamos llamar híbrida o mestiza, en la medida en que es un producto nuevo que incorpora elementos de las que le dan origen pero, al mismo tiempo, no es ninguno de ellas. Por otra parte, esta colonización también genera procesos de afirmación de identidades culturales particulares, al identificarse el "modo específico de estar en el mundo", es decir a la cultura, como una forma de resistencia ante esa colonización.

En este nuevo momento histórico se gesta, además, un rasgo característico de nuestra identidad cultural, que será un signo permanente en ella por haberse conformado como parte intrínseca de su estructura: el de la imitación. Este que hemos llamado "rasgo característico" de nuestra cultura, es propio de la matriz colonial que le da origen, en la cual la cultura del colonizador (y de sus centros metropolitanos) es erigida al rango de modelo al que se aspira por reportar estatus, prestigio y brillo. En este contexto, la cultura del colonizador es vista como "la" cultura, como la única posible ante formas de expresión de seres (los americanos, los indios) a los cuales se les regatea, incluso, sus calidades humanas. En este sentido, ser hombre total, completo (no mujer, que en ese momento histórico es más difícil todavía) significa formar parte de las huestes de los conquistadores, primero, y de los colonizadores, después.

Moviéndonos entre los dos polos que están en la base de nuestra cultura, el de la unidad y el de la diversidad, ingresa América Latina al siglo XIX, llena de proyectos en relación con la necesidad de conformar un ser humano acorde con la construcción de estados independientes. Es entonces cuando se dan algunos de los planteamientos más significativos en torno a este "pequeño género humano", como dijera Simón Bolívar. Él mismo, producto de su tiempo, de sus posibilidades y límites, pensará a este pequeño género humano según los patrones que le dictaba el modelo europeo de la ilustración. Pero ya hay en él algo que es importante: la conciencia de que somos distintos, que tenemos una especificidad que nos diferencia.

Esa misma diferencia (que no siempre se identifica cuál es) será concientizada por otros pero dolorosamente, renegando de ella y viviéndola como un lastre del que hay que desembarazarse para poder ir hacia adelante, progresar y crecer. Este es el caso del

argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien ve y conoce la diferencia de la que somos portadores, pero se duele de ella porque considera que nos condena al atraso, al oscurantismo, a la muerte. Identifica a los indios y a los negros con la indolencia, con el pasado colonial que quería dejarse atrás lo antes posible para poder incorporarse a las filas de las naciones progresistas, pujantes, brillantes y animosas que él identificaba con los Estados Unidos; "Seamos Estados Unidos", dirá Sarmiento, y emprenderá una cruzada para blanquear a la Argentina y arrinconar y hacer desaparecer a los indios, al gaucho. ¿Cuál sería la identidad deseable para Sarmiento? La del sajón del Norte al que le atribuye las características deseables del momento: emprendedor, creativo, animoso, agresivo. Sarmiento se relaciona vergonzantemente con su realidad: no la quiere, no le gusta lo que es, se avergüenza de su identidad y quiere cambiarla, dejar de ser como es para ser otro. Es una tragedia: para ser yo, debo dejar de ser como soy para ser como el otro. Debo renunciar a mí y asumirme como aquel que no soy. Sobre este tema, dice, por ejemplo, Roberto Fernández Retamar: "esa implantación de los criterios de Sarmiento, en la Argentina, fue monstruosa: incluyó destruir físicamente no sólo a los indígenas sino incluso a los gauchos, incluso al pueblo mestizo que se estaba gestando en la Argentina" (Fernández R., en Marras, 1992:309).

Esta contradicción que es tan patente en el pensamiento, la acción y las políticas estatales impulsadas por Sarmiento en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX, no le son propias solamente a él y a su tiempo. Siguen estando presentes aún en nuestros días, aunque los referentes culturales, los modelos y los deseos de ser se proyecten en otras direcciones. Es aquella parte de nuestra identidad que reniega de nosotros mismos, que sigue viendo, siempre, hacia afuera, que piensa que la vida (la real, tal como debe ser) está en otra parte (generalmente en el Norte). En mayor o menor medida, con mayor o menor nivel de conciencia, hay siempre en cada uno de nosotros -aunque no lo queramos y lo rechazemos, como un pecado original producto de nuestro pasado colonial- pedazos, elementos, rastros de esta identidad espuria. Hay en ocasiones en muchos latinoamericanos una actitud chocante, frívola y estridente cuando, dejándose llevar simplemente por la moda, se rechazan costumbres propias para adoptar acríticamente las novedades del primer mundo. Pero también está presente, en algunas ocasiones, en nuestros escritos de académicos e intelectuales que se sienten disminuidos, faltos de legitimidad y respaldo científico, si no citamos y establecemos referencias (mejor si son constantes y actualizadas) de lo último que se ha pensado en Europa o en alguna universidad norteamericana. Nada hay de malo en la relación y vínculo con otras culturas, pero hay que tener cuidado con el pequeño Sarmiento que todos podemos llevar dentro.

Pero esa es una parte de nuestro yo. La otra, la que se enorgullece de lo que somos, la que se emociona con nuestra historia, la que busca la forma de entroncar el futuro con las raíces que se hunden en la historia está representada por José Martí. En él florece el orgullo de ser lo que somos: herederos de los mayas pero también de los griegos; es decir, doble, triplemente ricos porque podemos reivindicarnos herederos de la cultura occidental, ser una expresión particular de ella y, al mismo tiempo, continuación de las culturas ancestrales que poblaron a Nuestra América. Y, más aún, forjadores de una cultura en la que se incrusta poderosamente el tronco africano que le da ritmo, dioses

y color.

José Martí pide que privilegiemos lo nuestro sin perder de vista que somos parte del género humano: "Injértense en nuestras repúblicas el mundo- dirá- pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas". En Martí está "pequeña humanidad" se yergue ufana de sí misma y se planta frente a quienes quieren pasarle por encima, especialmente "el gigante de siete leguas", los Estados Unidos de América, que en su tiempo empezaba a erguirse y a abalanzarse sobre América Latina. Con Martí nuestro yo colectivo, nuestra identidad latinoamericana adquiere conciencia que para ser nosotros no basta con vernos en el espejo y querernos a nosotros mismos, sino que hay que protegernos y diferenciarnos de los que crecen impetuosos en nuestra propia vecindad.

Eso quiere decir que, a partir de José Martí, nuestra identidad, para ser completa, tiene que ser también no sólo afirmación de lo propio sino defensa frente a lo que se nos impone. Esa dimensión de nuestra identidad tendrá un nombre: el anticolonialismo, dimensión que sabrá crecer y desarrollarse con los años a través de la acción y el pensamiento de otros. De la acción y el pensamiento de Augusto César Sandino, por ejemplo, quien desde Las Segovias, montañas agrestes del Norte nicaragüense, adquirirá conciencia de que los más consecuentes en la afirmación de esa dimensión de nuestra identidad serán los obreros y los campesinos, porque "sólo ellos irán hasta el fin".

Con Sandino, esa parte de nosotros que se enorgullece de lo que somos será más que mestizos, indios y negros; será también obreros y campesinos, es decir, los sectores populares de esta América nuestra que guardan en su acervo aquello que la otra parte de nuestro yo rechaza. Acá ganamos una nueva dimensión en la visión de lo que somos: no es sólo el origen étnico lo que produce nuestra variedad y riqueza; también nos lo da el lugar que ocupemos en la pirámide social: arriba o abajo, en la cúspide de la pirámide o en su ancha base. De ahí que en adelante sabremos que aunque los latinoamericanos tenemos raíces comunes que nos dan unidad, también tenemos, cada uno, nuestras propias formas de ser y de estar en el mundo a partir de nuestro origen étnico y nuestras condición de clase: unidad en la diversidad.

Otros aspectos nos han unido y separado. Por ejemplo, de forma muy importante, la construcción de las identidades nacionales en el siglo XIX, que fue un proceso liderado por los grupos liberales. Construir las naciones nos trajo nuevos elementos cohesivos por regiones pero también aspectos diferenciadores entre nosotros. Para construir las naciones latinoamericanas modernas, a finales del siglo XIX y principios del XX, los liberales "inventaron" (porque privilegiaron unos rasgos nuestros sobre otros) identidades nacionales, es decir, resaltaron unos aspectos (que a ellos les eran útiles y necesarios para su proyecto político) y omitieron (o borraron, cuando pudieron) otros. Fue así como se encargaron de perfilar los rasgos de las identidades "modernas" de América Latina, aquellas que se basan en los ideales positivos del progreso, la confianza en la ciencia y sus efectos benéficos sobre la producción. Los liberales impulsaron un verdadero proceso civilizatorio que tenía a la ciudad como referente central, lugar en donde brotaron las estatuas y los monumentos a los héroes que dieron cohesión al imaginario simbólico de todos los hijos de la patria. A través de este reordenamiento

simbólico, los liberales pudieron reorientar el proceso de construcción de la identidad en América Latina, generando identidades nacionales que se sintieron diferentes de la del vecino y que llegaron, a veces, a enfrentarse unas contra otras. Hubo nuevas unidades referenciales, las naciones, que movilizaron los sentimientos patrióticos y dieron identidad grupal a los seres humanos de estas latitudes; pero también hubo borramiento (o marginación) de otras identidades que de ahí en adelante se mostrarían como folclor, como la cultura de los menos o, cuando mucho, sobrevivencias del pasado que se toleraban por exóticas e interesantes.

La cultura de los muchos fue así denominada "cultura popular", y pasó a llamarse artesanía, baile típico o folclórico, cuento y leyenda. Se le confinó a actividades especiales, en donde era controlada para que no se tornara en expresión "bárbara". En algunos lugares, en donde no fue posible considerársele expresión cultural de minorías, como en Guatemala, México, Bolivia o Perú, por ejemplo, se le denigró y denostó para hacerla parecer la expresión de los incultos, y se le combatió -hasta el genocidio- cuando hubo oportunidad. Eso pasó de diferentes formas: con políticas integracionistas (como la de muchos institutos indigenistas) o con la fuerza armada (como en Guatemala en la década de los ochenta del siglo XX).

Nos encontramos siempre desgarrados, siempre contradictorios, siempre encontrando partes de nosotros mismos a las que odiamos y que no queremos ser. Tratamos de demoler o cercenarnos aquello que aborrecemos de nosotros mismos pero que, imperturbablemente, permanece.

3. Cultura e integración: un debate contemporáneo:

Así arribamos a las postrimerías del siglo XX, y nos enfrentamos a nuevos retos que nos llegan de allende las fronteras: entramos al período de la globalización. Y contradictoriamente como hemos vivido siempre nuestra identidad, nos remitimos ahora a este nuevo fenómeno. Nadie nos pregunta ahora (como, por demás, nunca nadie nos ha preguntado) qué queremos -o podemos- ser. Y se nos viene encima una avalancha de identidades que se asocian al consumo, a lo que compramos, como referente coherente y natural del *American way of life*. Una nueva dimensión que se agrega, con fuerza, a las anteriores mencionadas (las étnicas y de clase), que cataliza a las otras y les proporciona nuevas dimensiones. Un papel fundamental juegan aquí las nuevas tecnologías, sobre todo el Internet y el televisor, a través de los cuales, se proyectan imágenes (se entra a la era de la imagen) cuyos referentes culturales están en otros sitios pero parecen estar aquí, en la sala de la casa, en el dormitorio de los niños, en la cocina del hogar. Nuevamente la tensión entre el adentro y el afuera, entre lo que es propio y lo que no lo es, sólo que está es una tensión multiplicada, llevada hasta el paroxismo a veces, que encandila, aturde y emboba.

Ahí está Nuestra América ahora, en medio del nuevo vendaval, cuestionándose en donde está su esencia, su unidad, su propia cara. Dudando que tenga de verdad una faz que pueda mostrar al mundo como propia, o renegando de ella. Siempre lo mismo,

siempre nuestras dos partes, nuestras dos almas, la renegada y la otra, la que se quiere querer a sí misma. Unidad en la diversidad es lo que somos y seremos siempre: un pequeño género humano en lucha consigo mismo, batallando con su conciencia y sus complejos de inferioridad, pero que, ahora, ante los procesos de integración y globalización, puede encontrar la oportunidad histórica de aportar su propuesta de cultura y contribuir con ello a un mejor desarrollo económico y a una profundización de los procesos políticos de la democracia moderna.

Como bien lo señala Manuel Castells, "la oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas... En el último cuarto de siglo, hemos experimentado una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos" (Castells, 2001: 24). De acuerdo a ello, ha centrado uno de los volúmenes de su extraordinario libro titulado "La era de la información" refiriéndolo al "poder de la identidad" en las condiciones actuales del mundo moderno.

En el caso de América Latina, conforme ya adelantamos, asumen cada vez mas importancia los estudios que buscan delimitar el espacio cultural latinoamericano para dar soporte a los propios proyectos de inserción.

Para Néstor García Canclini, por ejemplo, es necesario superar el punto de vista tradicional latinoamericano en que se asocia la identidad cultural con patrimonio, en donde, la identidad sería, más que nada, un país, una ciudad o un barrio con sus características particulares. Esos territorios muestran su identidad solamente en sus fiestas y rituales cotidianos. (Cfr. García Canclini, 1997: 190). Las fuertes tendencias de homogeneización e hibridización cultural que acompañan los procesos de globalización de los mercados hacen ver cada vez más difusas las fronteras que separan lo propio de lo ajeno, aquello que se impone de fuera o que es asimilado o recreado localmente, dificultando las acciones defensivas de las identidades tradicionales. "La afirmación de lo regional o lo nacional que condena todo lo exógeno ya no tiene eficacia: debe ser concebida ahora como la capacidad de interactuar con las múltiples ofertas simbólicas internacionales a partir de las posiciones propias" (García Canclini, 1997: 354)

Para este autor, esta posición adquiere especial relevancia en los procesos de integración regional. Un ejemplo específico puede ser ilustrativo: refiriéndose a los aspectos relacionados con las políticas culturales de negociación de los acuerdos de libre comercio, destaca la importancia estratégica de los medios audiovisuales "como los espacios decisivos en donde se organiza el gusto de las masas, en donde éstas aprenden a pensar y sentir" (García Canclini, 1996: 34). García Canclini remite a la preocupación de la Unión Europea durante las negociaciones de 1993 con el GATT, donde se mostró la preocupación sobre su producción audiovisual ante la presión ejercida por los Estados Unidos a favor del libre comercio, en donde el sector de entretenimiento ocupa el segundo lugar de sus exportaciones, atrás de la industria aeroespacial. Para él, la misma preocupación debería estar presente en América Latina, dada la creciente importancia de

los medios audiovisuales como vehículos de transformación de identidades³.

"Muchos de los que se inquietan por la desaparición de la identidad nacional - en México y en otros países latinoamericanos - sitúan *la esencia* de esa identidad en las tradiciones indígenas y campesinas, o en un folclore nacional que fija en ellas la definición de *lo propio*. En algunas regiones tales fuentes *clásicas* siguen sirviendo como elementos de distinción regional y nacional. Pero dos simples datos estadísticos revelan cómo ha disminuido el peso de las culturas tradicionales: a) el 70% de las poblaciones en México y en América Latina vive en ciudades; y b) alrededor del 90% de los consumidores, incluidos los campesinos, se hallan conectados a los medios masivos (por lo menos radio y televisión), cuyos programas son generados en su mayoría fuera de la propia sociedad y transmiten un imaginario transnacional. Las identidades se forman y se renuevan cada vez menos en relación con las tradiciones locales". (García Canclini, 1996: 23)

La consolidación de este proceso estaría creando dificultades crecientes para la viabilidad política de los discursos esencialistas sobre la identidad latinoamericana. Desde esta perspectiva, la identificación de un espacio cultural latinoamericano pasa por el reconocimiento de las especificidades e interrelación con otras regiones y tradiciones, construyendo al mismo tiempo una agenda propia de intereses. "Tanto el espacio cultural latinoamericano como el euroamericano y el interamericano son multiculturales. En ellos ocurren intercambios de personas, bienes, mensajes y capitales, coproducciones y alianzas, pero también competencias y disputas que no pueden resolverse con invocaciones a ninguna determinación biológica o histórica que nos enlazaría bajo una identidad común. ... *Lo latinoamericano* no es un destino revelado por la tierra ni por la sangre: fue muchas veces un proyecto frustrado; hoy es una tarea relativamente abierta y problemáticamente posible". (García Canclini, 1999: 43)

La concepción de este espacio con nuestros proyectos específicos requiere, para García Canclini, una nueva forma de interrelación entre Estado, mercado y organismos supranacionales (UNESCO, OEA, Convenio Andrés Bello, SELA, Mercosur) y sociedad civil. "Los órganos estatales y supranacionales pueden operar como un conjunto de actores que reconoce, más allá del mercado, los derechos sociales y culturales, las reivindicaciones políticas de mayorías y de minorías. Pero esta función del Estado y de los organismos intergubernamentales no los opone a las empresas, porque el Estado es un lugar de articulación con las iniciativas empresariales y con las de otros sectores de la sociedad civil. Una de las tareas de la regulación y el arbitraje que debe ejercer el Estado es no permitir que la sociedad civil se reduzca a los intereses empresariales, e incluso que los intereses empresariales no se reduzcan a los de los inversores". (García Canclini, 1993: 47)

³ GATT: Acuerdo General de Tarifas y Comercio, substituído, después de la Ronda Uruguay, por la OMC (Organización Mundial de Comercio). De acuerdo con García Canclini: "En 1992, las productoras norteamericanas enviaron a Europa programas de entretenimiento y películas por un valor de más de 4.600 millones de dólares. En el mismo período, los europeos exportaron a Estados Unidos 250 millones de dólares". (García C.,1996: 34)

La discusión sobre la conformación de un espacio cultural latinoamericano fue el tema central del seminario organizado por el Convenio Andrés Bello y la Junta de Andalucía en 1998. En el texto introductorio del libro resultante del evento, Manuel Garretón aporta dos aspectos importantes vinculados al contexto actual: los impactos geoeconómicos y geoculturales de la globalización, y la emergencia en América Latina, de una agenda política centrada cada vez más en la cultura.

En relación con el primer aspecto, considera que las nuevas formas de poder asociadas a las transformaciones comunicacionales trastocan todas las otras dimensiones de la vida social. "El espacio es cada vez más comunicación y, por lo tanto, los modelos de apropiación del espacio comunicacional son modelos de creatividad, de innovación y de conocimiento. Si esto es así, el espacio globalizado en el siglo XXI va a ser dominado por quienes propongan modelos de creatividad, o de modernidad, que, a la vez, combinen racionalidad científico-tecnológica, racionalidad expresivo-comunicativa y memoria histórica. Y van a perder los que no logren combinar estos tres elementos. Si hay un sentido aún para el espacio nacional, es en la proyección combinada de estas tres dimensiones". (Garretón, 1999: 4).

En relación con el segundo aspecto, el autor llama la atención sobre la creciente diversidad de las sociedades en América Latina: "en el período de la matriz nacional popular, la política era el principal canal de integración, acceso a bienes y servicios de la modernización vía el Estado, y de otorgamiento de sentido a la vida individual y colectiva a través de proyectos de carácter ideológico. Hoy, la política es uno más de los canales y la cultura - entendida como la búsqueda de sentidos, y el conjunto de representaciones simbólicas, valores y estilos de vida - adquiere consistencia y densidad propias, no reductibles a la política o a la economía, y penetra los contenidos de éstas". (Garretón, 1999: 25). Entre los principales ejemplos, Garretón menciona los movimientos indígenas, los de mujeres, jóvenes y la presencia de aquellas cuestiones vinculadas a la calidad de vida y a los aspectos de la situación comunitaria, familiar dentro de las reformas educativas en cada región.

Considerando el contexto global presentado y estructurado en el espacio cultural latinoamericano, existen diversos procesos: una identificación de las especificidades locales con el proyecto externo de la región, "un doble movimiento de reforzamiento de los sistemas políticos nacionales, y de construcción de un sistema continental", conjuntamente con "un proceso propiamente cultural" (Garretón, 1999: 27). Entre los elementos básicos que podría comportar este proceso, Garretón señala los siguientes ejemplos: "La integración, en lo que se refiere a interculturalidad, en general y, en particular, de pueblos indígenas, desarrollo de industrias culturales, coordinación de aparatos institucionales, papel de los intelectuales en la definición de escenarios y contribuciones a la elaboración de pensamientos e imaginarios colectivos, por citar sólo algunos ejemplos, son elementos básicos". (Garretón, 1999: 28)

Por otro lado, Renato Ortiz, en uno de los textos del libro organizado por Garretón, señala que un proceso de integración caracterizado por la búsqueda de una identidad regional, en el mismo campo de la política cultural, no debe prescindir de los

actores capaces de reivindicar la pertinencia y la necesidad de un enfoque alternativo. Es necesario buscar los exponentes también a la altura de los gobiernos y de los empresarios. "Contrariamente al 'sueño bolivariano', el tema de la integración se manifiesta hoy bajo el signo del mercado. Desde el punto de la cultura, ya sea como consumo, ya sea como industria cultural" (Garretón, 1999: 333).

En los autores analizados en esta sección, existe una combinación de pesimismo respecto a la realidad presente y de optimismo respecto al futuro. De aquí surge el énfasis en las complejas especificidades de las regiones y las perspectivas de la comunidad de valores como dos aspectos problemáticos dentro de una perspectiva latinoamericana pero capaces de generar sus propios proyectos comunes alternativos.

Por otro lado, R. Ortiz llama la atención sobre el hecho de que es el mercado y los gobiernos quienes están liderando las negociaciones de los acuerdos de libre comercio y por ello hay que tener en cuenta no sólo el sentir de las mayorías sino la representatividad que éstas tienen en sus líderes y jefes de gobierno.

En relación a la comunidad de valores, Gregorio Recondo sistematiza, por su parte, los aspectos que considera característicos de una identidad regional. Elabora una lista exhaustiva de los productos culturales que expresan la creatividad latinoamericana (Cfr. Recondo, 1997: capítulo 11). Teniendo en cuenta la gama tan amplia que incluye productos internacionalmente reconocidos en el área de la literatura, la música, la poesía, las artes plásticas y las ciencias, seleccionamos aquellos que están más estrechamente vinculados a nuestro análisis:

El "realismo fantástico" de la literatura

La teoría del deterioro de los términos de intercambio.

La relación centro-periferia y los comportamientos diferentes del capitalismo periférico.

La teoría de la dependencia.

El "populismo" como sistema político

La teología de la liberación.

La escuela estructuralista latino-americana

La Pedagogía del oprimido, de Paulo Freire

La filosofía de la liberación, en los términos de Leopoldo Zea y Enrique Dussel.

La preocupación de Recondo sobre un rescate de los productos de la creatividad regional no está regida por una valoración acrítica. El objetivo principal es marcar la importancia de la contribución de América Latina y el Caribe a la cultura universal, como punto de apoyo de un optimismo en relación al futuro de la integración y de la región, basado en fuertes lazos de identidad y con potencial de generar proyectos que promuevan "el ensanchamiento de la conciencia nacional de pertenencia" (Recondo, 1997: 362): "Cuando hablamos de los elementos identitarios afines de nuestros pueblos hacemos referencia al origen común, a los vínculos de carácter histórico y geográfico, a los mutuos padecimientos históricos, a las afinidades de lengua y religión, a la confluencia de proyectos análogos. (Recondo, 1997: 367)

A estos factores, el autor añade otros tres de especial importancia que deben tenerse en cuenta para la configuración de los proyectos de integración: 1) la identificación "hispanica" con base en la lengua española; 2) los valores asociados al catolicismo; 3) el mestizaje étnico y cultural. Recondo presenta estas características como síntesis representativa de las singularidades culturales latinoamericanas aunque la definición de la identidad esencial de lo latinoamericano solamente la presenta como hipótesis.

Estos autores que hemos considerado coinciden en el análisis de varias propuestas fundamentales para el debate cultural de Latinoamérica que son las siguientes: 1) la delimitación de un espacio cultural propio, 2) la sistematización de las expresiones propias de las especificidades regionales, 3) la combinación original de los aspectos históricos, étnicos, religiosos y lingüísticos que identifican una comunidad de intereses, una perspectiva de identidad latinoamericana como elemento inspirador de proyectos de integración y de inserción en un orden global continuamente abierto.

Consideraciones finales:

Lo que ha inspirado nuestro trabajo es la conciencia clara que tenemos de que la identidad cultural latinoamericana es una de las claves fundamentales para que los procesos de integración en los comienzos del siglo XXI no se conviertan en arreglos y beneficios solamente para las élites sino para la población en general con base en un mejor proyecto de desarrollo.

A pesar del gran entusiasmo que llevó a Bolívar a la lucha por la independencia de Hispanoamérica en relación a España, al final de su vida, el pesimismo pareció absorberlo cuando meditaba en el fracaso de la reunión continental de Panamá en 1826 y cuando contemplaba la dispersión del sueño de la gran patria americana en múltiples repúblicas. En 1830, él mismo confesaba: "No existe ya ningún tipo de buena fe en América como tampoco entre las naciones de América. Los tratados son pedazos de papel; las constituciones sólo papel impreso; las elecciones son batallas; la libertad es una anarquía; y la vida un tormento" (Bolívar, citado en Haynes, 2000:184). Gabriel García Márquez en su libro sobre Bolívar titulado "El General en su laberinto", ha llegado a expresar el pesimismo de sus últimos días especialmente en lo referente al fracaso de la propuesta de unidad latinoamericana a través de una confederación de naciones.

Atrás había quedado el proyecto de Francisco de Miranda sobre los pueblos del "Continente Colombiano"; la misma unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito, lograda por Simón Bolívar en la constitución de la "Gran Colombia", se desintegró en 1830; con la intervención del pirata William Walker en Centroamérica y diversos conflictos bélicos ante la intervención militar norteamericana, el panameño Justo Arosemena quiso resucitar de nuevo, en 1856, el proyecto de la "Gran confederación Colombiana" como una asociación de estados independientes pero también fracasó.

Lo que quedó, sin embargo, fue un nombre simbólico, el de América Latina que, aunque venido por iniciativa de los franceses, se fue imponiendo lentamente como una

denominación aceptada hacia dentro y en el exterior de la región. El concepto de América Latina, traído originalmente por Michel Chevalier, escritor político francés y que propugnaba un proyecto en América que contrastara con el gobierno anglosajón de los Estados Unidos –prolegómenos que sirvieron de base ideológica a la intervención francesa expansionista en México ocurrida de 1861 a 1867-, fue ganando aceptación cultural y empezó a ser difundido por el chileno Francisco de Bilbao en 1856 (“la América latina”), por el colombiano José María Torres Caicedo en 1865 (“Unión Latinoamericana”), y por el puertorriqueño Eugenio María de Hostós en 1874 (“latinoamericanos”, “América Latina”).

De esta manera, en la derrota del proyecto histórico de unión de repúblicas del siglo XIX encontramos también una aspiración que todavía no ha fenecido sino resurgido con más fuerza a finales del siglo XX. La expresión simbólica de esta aspiración la encontramos en ese nombre de “Latinoamérica”, que ha perdurado frente a otras denominaciones, algunas de las cuales como el “panamericanismo” han pretendido imponerse por los Estados Unidos con pretensiones hegemónicas. “Hoy, el nombre de América Latina, cuyo uso se ha impuesto casi de manera universal, sirve para designar a los países ubicados del río Bravo a la Patagonia –también Brasil, las antiguas colonias francesas y los grandes conglomerados indígenas-, y por extensión al Caribe de lengua inglesa y holandesa, y es el que se asocia a la aspiración de conformar en el subcontinente una comunidad económica y política... Es en este sentido que entendemos por integración latinoamericana la ideología y la política dirigidas a fortalecer la colaboración entre estos países hermanados del subcontinente, con el propósito de resolver problemas comunes, arreglar por medios pacíficos los conflictos intestinos que puedan surgir, rechazar en forma mancomunada las amenazas y pretensiones de las grandes potencias, en particular de Estados Unidos, y promover su activa participación en el escenario internacional” (Guerra y Maldonado, 2000: 50).

Tenemos que admitir que los procesos de integración y globalización de finales del siglo XX y principios del XXI son un hecho irreversible; lo que América Latina tiene que plantearse es la manera cómo insertarse, con base en proyectos propios que partan de los intereses de las mayorías de su población. El proceso de la Unión Europea es tal vez el ejemplo más avanzado de integración en donde han llegado a partir del 2002 a la realización de los procesos de cambio mediante una moneda única; otros procesos mundiales no tienen esas características, como es el caso de América Latina. Un valioso trabajo de recopilación y análisis que culminó en agosto del 2000 bajo el auspicio del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha sido publicado en el 2001 con este título: "América Latina a principios del siglo XXI: Integración, identidad y globalización"; ahí se menciona respecto de la integración que los "procesos no son iguales (como no lo son la unión Europea y la Comunidad Andina, por ejemplo), pero compartirían una característica importante: en algunos aspectos las fronteras de los nuevos acuerdos de integración regional tienden a reemplazar a las fronteras de las naciones que los forman... Lo que estaría ocurriendo no es una simple erosión (o disolución) de las viejas fronteras nacionales, sino más bien su reemplazo parcial por nuevas fronteras geográficamente más abarcadoras que las anteriores" (PNUD-BID, 2001: 5). Pero ahí mismo se encontró la base de una unidad cultural latinoamericana en la

conciencia de las élites de la región, consideradas éstas entre los políticos, los empresarios y los líderes de opinión: "Casi ocho de cada 10 miembros de las élites latinoamericanas creen que existe alguna clase de identidad cultural latinoamericana común a todos los países de las Américas de habla hispano-portuguesa... La encuesta cuantifica lo que en las entrevistas abiertas es un consenso unánime: hay una identidad cultural latinoamericana forjada a lo largo de cinco siglos" (PNUD-BID, 2001: 64-5).

A pesar de todo, hay quienes también se muestran pesimistas o recelosos en relación a las perspectivas futuras de integración de América Latina. Y no falta razón cuando, por un lado, seguimos viendo las viejas pretensiones del panamericanismo de los Estados Unidos reflejadas en el proyecto hegemónico de la Alianza para el Libre Comercio de las Américas (ALCA) y más cuando llegó en Enero del 2001 a la presidencia de Norteamérica un hombre frente al cual, muchos analistas dicen extrañar - irónicamente- el "buen juicio" de Ronald Reagan en los 80s. Pero además, por otro lado, en muchos casos regionales se reviven las antiguas rivalidades nacionales de los países dejando fácilmente a un lado las posibilidades de una hermandad latinoamericana.

Como se puede ver, en cada punto de análisis hay perspectivas positivas y también desalentadoras. Sin embargo, ante la terrible situación económica que vive la región y ante las interminables rivalidades políticas de nuestros países, este escrito se sitúa en un optimismo realista a partir de la fortaleza de nuestra identidad cultural como un hecho histórico pero que necesita imaginarse el proyecto próximo. El saber qué hemos sido y quiénes somos ahora como latinoamericanos es lo que nos da la posibilidad objetiva de vislumbrar y construir un camino con mejor justicia social para los años venideros. En este sentido, dentro del negro panorama económico general, con las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos que todavía perduran, con las luces y sombras de la transición democrática y las constantes divisiones entre los países de América Latina, es necesario terminar con cantos de vida y esperanza, a la manera como lo hacía el poeta nicaragüense Rubén Darío, reafirmando que la historia que habrá de escribirse sobre Latinoamérica en el siglo XXI está en nuestras manos.

Como bien lo sintetiza Carlos Fuentes en el epígrafe de nuestro escrito, América Latina y el Caribe enfrentan los desafíos propios de la enorme riqueza cultural de esta región latinoamericana, "cuya creatividad aún no encuentra equivalencia económica, cuya continuidad aún no encuentra correspondencia política", pero el camino está abierto hacia los proyectos alternativos en el marco necesario de la integración y la globalización.

Bibliografía:

Calvo Buezas Tomás, 1998

La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos.

Cauce editorial. Madrid, España.

Camacho Daniel, Ipola Emilio de, De Riz Liliana et al, 1982

América Latina: ideología y cultura. FLACSO ediciones. San José, Costa Rica.

García Canclini, Néstor

--- 1999. La globalización imaginada. Paidós, México.

--- 1997. Culturas Híbridas. Edusp. São Paulo, Brasil.

--- 1996- (coord.) Culturas en globalización. Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela.

--- 1995. Consumidores y Ciudadanos. Grijalbo. México.

Castells Manuel, 2000

La era de la información. Vol. II: El poder de la identidad. Siglo XXI editores. México.

Fuentes Carlos, 1992

El Espejo enterrado. Fondo de Cultura Económica. México.

Garretón, Manuel Antonio (coord.), 1999

América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado.

Convenio Andrés Bello. Santa Fe de Bogotá, Colombia.

Giménez Gilberto (compilador), 1986

La teoría y el análisis de la cultura. Programa nacional de formación de profesores universitarios en Ciencias Sociales. SEP, U de G., COMECESO. México.

Giménez Gilberto, 2000

Identidades en la globalización. Revista Espiral, de la Universidad de Guadalajara. No. 19. Sept.-Diciembre 2000. Guadalajara, Jal. México.

Guerra Sergio y Maldonado Alejo, 2000

Raíces históricas de la integración latinoamericana, en Historia y perspectiva de la integración Latinoamérica, libro editado por AUNA (Cuba) y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México). Morelia, Michoacán, México.

Haynes Keen, 2000

A history of Latin America. Vol. 2. Independence to present. Sixth edition.

Houghton Mifflin Company. Boston, New York. USA

Jaeger Werner, 2000

Paideia. Fondo de Cultura Económica. 14ª. Reimpresión. México.

Lander Edgardo, 1991

Modernidad & Universalismo. Pensamiento crítico: un diálogo interregional 1

UNESCO, Rectorado Universidad Central de Venezuela, Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Ven.

Marras Sergio, 1992

América Latina. Marca Registrada. Ediciones de la Universidad de Guadalajara. México

Mato, Daniel. (Comp.). 2001.

Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. Vol. 1 y 2. CLACSO

ASDI, Buenos Aires, Argentina. 2001.

Medina Núñez Ignacio, 1999

La identidad latinoamericana en el debate cultural

KOÉYÚ Latinoamericano, revista de análisis político cultural. No. 81. Julio de 1999. Caracas, Venezuela.

Moneta, Carlos (Coord.), 1999

Las industrias culturales en la integración latinoamericana. Buenos Aires:

Ed. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

PNUD-BID, 2001

América Latina a principios del siglo XXI: Integración, identidad y globalización. Actitudes y expectativas de las Elites latinoamericanas. Programa de Naciones Unidas para Desarrollo (PNUD), y Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Buenos Aires, Argentina.

Recondo, Gregorio, 1997

Identidad, Integración y Creación Cultural en América Latina. Unesco/Editora de Belgrano. Buenos Aires, Argentina.

Valenzuela Arce José Manuel, (coord.) 2000

Decadencia y Auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización. Editores: El Colegio de la Frontera Norte; Plaza y Valdes. México.